

Nicolás Maquiavelo: Principios políticos, de Héctor Zamitiz Gamboa,
México: UNAM, 2016, 147 pp.

Fernando Barrientos del Monte

En 2014, *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo cumplió 500 años desde que fue terminado de escribirse. La primera parte se redactó en 1513, pero incluso después de 1514 Maquiavelo reescribió algunas partes. Es quizá la obra del pensamiento político moderno más conocida en el mundo, más citada pero quizá también la menos leída, o al menos, bien leída. *El Príncipe*, se ha prestado a varias interpretaciones, desde las mismas disciplinas dedicadas al estudio de la política: la filosofía, la teoría y las ciencias políticas, pasando por la historia de las ideas, el derecho constitucional, la teoría del estado e incluso la literatura y el cine. Como ha señalado Isaiah Berlin, la obra de Maquiavelo tiene diversas interpretaciones, debido precisamente a que como señala Leo Strauss, defendió públicamente algo que se sabía desde la antigüedad: que la política “se guía en forma exclusiva por consideraciones de conveniencia, que usa todos los medios, limpios o sucios, hierro o veneno, para lograra sus fines —que pueden ser el engrandecimiento del propio país o la patria— pero también usa la patria al servicio de la exaltación personal del político, del estadista o del propio partido” (Strauss, 2008:294) Según Strauss al hacer público algo indefendible, sólo comprensible en el ámbito de la política, sólo puede comprenderse por tanto desde el punto de vista del pensamiento político.

También el mundo ha cambiado desde el Renacimiento, no sólo ya no existen las ciudades-estado, como la república florentina del siglo XVI, sino que existen regímenes de gobierno inimaginables e incomparables con aquellos del pasado a los cuáles se refería Maquiavelo. Entonces ¿por qué leer *El Príncipe* hoy? Podríamos decir que Maquiavelo es al pensamiento político lo que Newton es a la física. Pero a diferencia de las ciencias naturales, muchos de los aspectos para la comprensión del comportamiento político siguen siendo los mismos que en la época en la que escribió su obra. Y si bien es cierto que las sociedades del renacimiento son muy diferentes a las contemporáneas, las relaciones de poder se han complejizado, e incluso algunos politólogos contemporáneos han argumentado que si la ciencia política desea avanzar hacia una mayor consolidación deberíamos olvidarnos de los clásicos, lo que es cierto también es que el hacer política sigue siendo una actividad que poco ha cambiado: las personas que se dedican a la política siguen teniendo las mismas ambiciones, miedos, preocupaciones, incentivos y las reglas no escritas para acceder al poder siguen siendo la astucia o la virtud, la adulación o la fuerza. *El Príncipe* está dirigido a los políticos, hombres de acción, quienes en la

actualidad se desenvuelven en un contexto muy diferente a aquel en el que Maquiavelo escribió. En palabras de George Bernard Shaw: “El político, que antaño debía aprender cómo adular al rey, ahora debe saber cómo fascinar, entretener, engatusar o capturar de alguna forma la fantasía del elector”. Al final las diferencias son lábiles.

Dividido en cuatro capítulos con un prólogo del maestro José Luis Orozco, el libro de Héctor Zamitiz se propone “discutir, dialogar y entablar polémica” con los estudiosos de la obra de Nicolás Maquiavelo. Una tarea extrema, amplia y ambiciosa, si tomamos en cuenta la infinidad de estudios que existen sobre la obra del teórico florentino. La obra de Zamitiz —en su nueva edición— aparece dentro del periodo justo: como ya se dijo, apenas en 2013-2014 se cumplen quinientos años de la *stessura* (de la escritura, del primer borrador, sin publicación) de *El Príncipe*. Y después de la “euforia” por homenajear al florentino más conocido pero también menos leído, este ensayo se lee con la calma y la tranquilidad que requiere una lectura profunda de un autor tan importante.

En “Renacimiento, humanismo y realismo político”, Zamitiz Gamboa enmarca los antecedentes del humanismo medieval que encontraron madurez ya en el Renacimiento. El lenguaje de los escritores del renacimiento no tendría el sentido si las referencias de la cultura que le precedía, pues el Renacimiento no produjo filósofos a la altura de aquellos del medievo (como San Agustín o Santo Tomás de Aquino), y ello se explica porque precisamente es en ésta época en que nace la separación entre ciencia moderna y filosofía. Y si bien el renacimiento italiano se caracterizaba por la influencia del platonismo y el aristotelismo, el humanismo tuvo como eje la educación y el desarrollo de la cultura fundado en el estudio de los autores clásicos griegos y latinos. La libertad de traducir, leer e interpretar hace que esta amalgama de corrientes imprimieran al Renacimiento las características que la distinguen precisamente como una época en el cual el hombre es el centro del universo, que por medio de la razón puede conocer el mundo y liberarse. Es este contexto que puede aparecer el realismo político, como producto de un pensamiento que se orienta a la práctica precisamente porque se ha liberado, y busca afirmar aquel conocimiento que procede de la experiencia. Este es Maquiavelo que no solo ve el presentes, sino el pasado, y nota que el poder político está supeditado a ciertas condiciones (fortuna), pero que solo las personas liberadas de las ataduras (religión, moral, etc.) pueden desarrollar el *feeling* político. Pero Maquiavelo no es un realista sin ataduras, es decir, no promueve la política realista por encima de cualquier consideración. Al contrario, el político debe tener una ética, diferente de la moral y la religión, pero no a costa del deber ser, pues quien sigue esta lógica es el político que comete fraude, el corrupto, el que daña a las instituciones, al régimen y que al final pierde al Estado. Maquiavelo por el contrario apela al político virtuoso, aquel que reflexiona sobre el porvenir no sólo de sí sino de sus gobernados.

Las reflexiones de Maquiavelo tanto en *El Príncipe* como en los *Discursos* tienen como punto de partida la comprensión de los hechos del presente a la luz de la experiencia del pasado. En “La Historia. Maestra de la política”, Zamitiz hace un recorrido sobre algunos estudios que han analizado en qué manera Maquiavelo se introduce en la

psicología de los pueblos para desde su perspectiva determinar cuáles son los elementos que constituyen su carácter y fácilmente prever su conducta. Para Maquiavelo existe una naturaleza fija e inmutable, es decir, que las acciones de los humanos están orientadas por los mismos miedos y pasiones y por lo tanto se pueden deducir principios políticos a partir de un cuidadoso estudio de la historia. Lo que cambia por supuesto son los conglomerados humanos, el devenir de la fortuna y las acciones que modifican a las sociedades, pero los principios son los mismos. De ello Maquiavelo deduce que sólo dos formas de gobiernos han existido: repúblicas o principados. Esta categorización rompe con la tradición clásica de dividir las formas de gobierno a partir de la intersección de las categorías: *a)* formas buenas y formas degradadas; y *b)* el número de quienes tienen el poder. Es decir, monarquía *vs.* tiranía, aristocracia *vs.* oligarquía y democracia *vs.* anarquía o demagogia. Maquiavelo recurre a la historia reciente de Florencia pero sobre todo a la historia de Roma, en la cual observa las virtudes de la república y el imperio, es decir el principado; y su declive que por lo general termina en el ascenso de los tiranos. Y es precisamente de la lectura de los historiadores romanos como Polibio, Tito Livio y de la huella del historiador griego Tucídides, que Maquiavelo retoma la idea de la causalidad de las acciones de los hombre, individuales y colectivos, que moldean el devenir de la política, la constitución que da forma a la *res publicae* así como los pilares de los gobiernos de un solo hombre, al final son las consecuencias históricas las que permiten a la fortuna moldear a las comunidades políticas, pero son los hombres virtuosos quienes las pueden modificar o sucumbir ante ellas. Maquiavelo observa en la historia política romana el pragmatismo de sus hombres, así como los elementos que les permitieron construir una nación fuerte como la existencia de un ejército e instituciones fuertes. Al final de cuentas, en su interés por ver a una Florencia renovada, Maquiavelo hace una lectura idílica del pasado romano, y reconstruye a su modo la historia.

En una época en la cual la observación de las cosas humanas aún no tenía clasificación científica, cuando el conocimiento sobre lo humano apenas se desprendía de las visiones teológicas, Maquiavelo cierne su pensamiento a partir de una postura centrada en el hombre, lo cual es un reflejo de la filosofía del renacimiento que recupera la idea presocrática de que cada ente tiene una particular naturaleza pero en su conjunto es homogénea en el tiempo (Villoro, 1992). Esta es la “invariable naturaleza humana como premisa antropológica de la política”, a partir de la cual Zamitiz Gamboa desarrolla la comprensión maquiaveliana sobre la naturaleza humana, dónde lo que hoy llamamos psicología desempeña un papel determinante sobre el actuar de los hombres. Para Maquiavelo existían dos elementos que mueven al hombre político: las pasiones y la virtud, la primera por esencia incontrolable y por lo tanto con efectos negativos, mientras la segunda era racional y consecuentemente positiva. Moverse entre la *pasión* y la *virtud* dependía de las ambiciones que se inclinan hacia el bien o hacia el mal, pero éstas inclinaciones estaban sometidas a la fortuna, una diosa no cristiana, sino pagana, que domina al hombre sin objetivos, pero que puede ser sorteada con una buena combinación de pasión y virtud si existe un fin objetivo y transcendental.

Finalmente Zamitiz repasa la que es quizá una de las aportaciones más importantes de Maquiavelo al pensamiento político: la autonomía de la política y por ende de los hombres y mujeres que se ocupan del gobierno de las cosas humanas. Para Maquiavelo los principios de la política (y en esencia también de lo político), si bien no son sistémicos, se pueden instrumentalizar de acuerdo a las circunstancias (el devenir de la fortuna), pues hay un fundamento que mueve el actuar político y éste es el conocimiento de los hechos, de cómo han sido, cómo son y cómo serán. Cómo bien señala Zamitiz, estos principios serán sintetizados por Sartori al señalar que la política es diferente, independiente, auto-suficiente y causa primera. Serán dos florentinos separados por casi quinientos años de sus existencia que ofrecen al pensamiento político la materia de lo que hoy conocemos como ciencia política o ciencia de la política. Maquiavelo ve al Estado como el ente superior de la política, una nueva forma de *polity* que se diferencia de la ciudad estado medieval, porque aspira a convertirse en un espacio de la política y no sólo de dominio. Pero no será él quien logre teorizarlo, pero sí le correspondió ubicar su nacimiento e imaginar la trascendencia de esta forma de organización política que aún hoy domina a los seres humanos.

En un mundo editorial donde abundan los textos de coyuntura, análisis que no trascienden el momento, y más aún, un mar de publicaciones en los cuales se discierne sobre lo intrascendente o se fuerza a pensar que puede serlo a pesar de que las evidencias dicen lo contrario, Zamitiz Gamboa nos invita a leer un autor el cual, mientras la política siga siendo un hacer de todos, tendrá siempre vigencia. Para quienes estudian la política, no está de más recordar que un clásico es ese gigante sobre el cual nos subimos para ver mejor nuestros horizontes, pues como dijo el filósofo medieval Bernardo de Chartres “*somos como enanos a los hombros de gigantes. Podemos ver más, y más lejos que ellos, no por alguna distinción física nuestra, sino porque somos elevados por su gran altura*”.

BIBLIOGRAFÍA:

Strauss, Leo, 2008, “Nicolás Maquiavelo”, en *Estudios de filosofía platónica*, Buenos Aires: Amorrortu, pp. 293-318

Villoro, Luis, 1992, *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento*, México: FCE.